

## NOTAS Y MONOGRAFÍAS

para la historia del barrio de San Lázaro de la ciudad de Lima

(CONTINUACIÓN)

## IX

## LA ERMITA DEL BARATILLO

*Origen de la plazuela del "Baratillo"—Las predicaciones del Ven. P. Castillo.—La Cruz del "Baratillo".—La ramada del "Baratillo".—Se trata de enagenar el sitio del "Baratillo".—Se opone el Conde de Alba de Liste.—Misiones del P. Alonso de Saavedra.—Se fabrica la ermita del "Baratillo" o de la Santa Cruz.—Lo que era la ermita del "Baratillo".—El Santo Cristo.—El Culto del Señor del Triunfo.*

Cuando en tiempo de Dn. García de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete y octavo Virrey del Perú, se trató de urbanizar el arrabal de San Lázaro, y de hacer de él un barrio de la ciudad, al delimitarse las manzanas y dividirse los solares, quedó entre la calle principal y el río, hacia la banda del norte, una espaciosa plazuela, aunque de forma irregular, la que muchos años se mantuvo abandonada, y casi convertida en muladar (1).—Ya en el siglo XVII, cuando el barrio de San Lázaro comenzaba a transformarse y a

(1)—"Y el sitio que antes en el desaseo, polvo y tropical, era el burgo menos limpio de la ciudad, hoy se ve ya con más lustre en unas posesiones y hostería, habitadas y apetecidas, por el recreo del río, que corre y baña sus términos, etc".—Buendía, *Vida del Ven. P. Castillo*, Lib. II, cap. V. pág. 145—Madrid 1693.

crecer en población, se estableció en esta plazuela un mercado, con cierto carácter de feria, en donde cada domingo se compraba y vendía a menor precio que el corriente y acostumbrado en las lonjas y almacenes de la ciudad, por cuya causa se le dió a aquel lugar el nombre de *Baratillo*, el mismo que hasta hoy conserva (2).

Por el año de 1648, los PP. de la Compañía de Jesús predicaban la cuaresma en la iglesia de San Lázaro, y entre ellos el Ven. P. Francisco del Castillo, varón verdaderamente apostólico, cuyas raras virtudes y ejemplar vida eran entonces la admiración de los piadosos vecinos de la ciudad de los Reyes: uno de aquellos domingos advirtió el celoso misionero que era mayor el concurso que acudía a la feria del *Baratillo* que el que asistía a las pláticas que se hacían en la iglesia, y ganoso de remediar aquel mal, trató de buscar al pueblo en su propio centro, cabe sus negocios y granjerías; fuése al *Baratillo* con un Cristo en la mano, y colocándose al pie de una cruz de toscos mangles, que había en el centro de la plazuela, comenzó a predicar a los distraídos feriantes; a su voz se congregó la multitud, y con profundo respeto escuchó las proféticas exhortaciones del santo predicador. Al domingo siguiente se repitió la escena, y desde entonces quedaron establecidas las piadosas ferias del *Baratillo*, que sostuvo el buen P. Castillo con evangélico ardor por más de veinticinco años, hasta su fallecimiento, que ocurrió el 11 de Abril de 1673.

El 2 de Marzo de 1653 se colocó sobre una peana de cantería, revestida de curiosos azulejos, una hermosa cruz de madera de roble, que el propio Arzobispo de Lima, Dn. Pedro de Villagómez, bendijo solemnemente en la iglesia de San Lázaro, e hizo conducir en hombros de sacerdotes, revestidos de sobrepellices y estolas, hasta la plazuela del *Baratillo*, donde quedó decentemente instalada.—Con cuatro mil pesos, que donó generosamente para esta piadosa obra el Licenciado Dn. Alonso Rico, sacerdote de vida austera y de conducta ejemplar, se levantó una espaciosa ramada, que

---

(2)—«Por donde por feriarse más barato, se alza con el nombre de Baratillo este lugar; así le nombran y le frecuentan todos»—Buendía: *Vida del Ven. P. Castillo*, Lib. II, cap. I, pág. 108,

defendía del sol al auditorio en el rigor del verano y que cercada de gruesas maromas, vino a ser como el palenque de las apostólicas hazañas del benemérito P. Castillo: allí predicaba a la plebe, instruía a los indios y catequizaba a los negros bozales, tratando de hacerles más llevadero el triste peso de la esclavitud.

No faltaron personas adustas, por decir lo menos, que vieron con desagrado la obra del celoso misionero y alegando que la ramada impedía el paso de las recuas y dificultaba la conducción de las mercancías, con perjuicio de los traficantes que acudían a la feria, trataron de estorbarla y con tan avieso e innoble propósito hicieron una representación al Cabildo, y le propusieron comprarle a censo todo aquel sitio por la suma de 6,000 pesos (3); y ya estaba para otorgarse la respectiva escritura, cuando el Conde de Alba de Liste, que era a la sazón Virrey, se opuso espontáneamente a ello, y ordenó al Cabildo que dejase de la mano aquel asunto (4).

Al morir el P. Castillo, en 1673, le sucedió en esta misión otro religioso de la Compañía, el P. Alonso de Saavedra, quien la sostuvo por diez y ocho años continuos, y edificó la ermita de la Santa Cruz del *Baratillo*, como solía denominarla el vulgo; la misma que se mantuvo en pie hasta 1912, en cuyo año fué demolida, y su área sirvió para ensanchar el mercado del *Baratillo*, que entonces se redificaba.

Con el terremoto de 20 de Octubre de 1687, desapareció la antigua ramada del *Baratillo*; fué entonces cuando se trató de construir una capilla, que con ventaja la sustituyese, ofreciendo mayor comodidad al devoto auditorio que solía frecuentar las ferias dominicales, y con tan piadoso fin comenzó el P. Saavedra a coleccionar limosnas entre el vecindario: con 8,000 pesos que reunió, y con un regular lote de maderas que

---

(3)—Dice el P. Buendía que fueron seis mil ducados los que se llegaron a ofrecer al Cabildo por el sitio del *Baratillo*. En esa época el ducado equivalía a 375 maravedis de vellón.

(4)—Dice la tradición que cuando se trató de vender el sitio del *Baratillo* y de retirar la santa cruz, ésta tembló por tres días continuos, con repetidos vaivenes, en presencia de una enorme multitud, que atónita contempló la maravilla; de este hecho sobrenatural se levantó una sumaria información canónica, por orden del Arzobispo don Pedro de Villagómez.

le dió graciosamente el Colegio de San Pablo, se llevó a cabo la obra, y la ermita se inauguró por el año 1695.

La ermita del *Baratilo* era pequeña, y de pobrísima construcción: medía 18 varas de largo por 15 de ancho, y sus muros apenas se levantaban dos metros del suelo; dos series de columnas de roble sostenían el maderamen del techo, que era plano en su parte central, e inclinada en forma de tejado por uno y otro costado, construcción que daba al interior de la ermita el propio aspecto de una bohardilla.

Lo único de valor que existía en esta humilde capilla, era el Santo Cristo del altar mayor; aquella era una escultura de positivo mérito, aunque de autor desconocido, la proporción de los miembros, la expresión de infinito dolor que reflejaba aquel divino rostro, el natural desmayo, el estudio anatómico de las venas y arterias, todo indicaba que aquella obra había salido de las manos de un maestro de un cuerpo extenuado, y que, por ende, merecía ser tenida en mayor veneración y aprecio.

En esta ermita se veneraba al Señor del Triunfo, cuya imagen salía en procesión todos los años el Domingo de Ramos, subía el puente, y acompañada de mucho pueblo daba la vuelta por la plaza mayor, regresando a su santuario a la caída de la tarde; una hermandad de pasamaneros, o *botoneros*, como solían denominarse antiguamente aquellos industriales, era la que organizaba esta procesión y la que fomentaba el culto del Señor del Triunfo, con las limosnas que colectaba cada año al comenzar la cuaresma (5).

---

(5)—El culto al Señor del Triunfo tuvo principio en la devoción de un humilde yerbatero, quien al morir legó la piadosa obligación que había contraído, a un compadre suyo de oficio botonero; éste a su vez organizó una hermandad entre los individuos de su gremio, que subsistió hasta que la procesión se suprimió siendo Arzobispo de Lima don Manuel Tovar, a causa de los desórdenes a que daba ocasión.